

## *Crónica de una ciudad*

**ANA MARÍA  
PRECKLER**

No tiene la belleza suntuosa de París, la antigüedad clásica de Roma, el dramatismo histórico de Berlín o el atractivo vital de Londres. Bruselas tiene un encanto singular que hay que ir descubriendo en sucesivas etapas y en cada una de ellas paladear la emoción del descubrimiento y la riqueza de lo hallado. No es sólo que Bruselas sea la capital de la Unión Europea, que también, con sus edificios acristalados ultramodernos situados en pleno epicentro de la ciudad, donde se ubican el Consejo, la Comisión y el Parlamento europeos, lugares desde los que se establece una legislación común político-económica para los veinticinco países miembros actuales. O que sea la sede principal de la OTAN, una alianza de defensa mundial cuyos edificios se localizan en las afueras de la urbe; todo lo cual dota a la capital de una gran variedad de personas y razas, y de un cosmopolitismo cultural impresionante y diverso. No es tampoco que Bruselas sea el “corazón de Europa”, lo cual permite viajar en el mismo día, es decir ir y volver en la jornada, a países como Alemania, Francia, Holanda, Luxemburgo y por supuesto a Inglaterra, en el novísimo tren que

## **ARTE**

atraviesa por medio de un túnel el proceloso mar del Canal de la Mancha y que en el breve plazo de dos horas conecta el centro de Bruselas con el de Londres, algo ciertamente atractivo y curioso, al menos para muchos españoles que han de viajar bastantes horas antes de salir por alguna de sus fronteras. Bruselas es más, mucho más, y tal vez yo he tenido la oportunidad, por determinadas circunstancias familiares, de visitarla últimamente con frecuencia y entusiasmarme con ella, y descubrir su arte, su arquitectura, sus parques y jardines, sus calles y plazas, y tantas cosas más que quisiera expresar en esta crónica como algo vivo y auténtico, o tal vez dar cuenta en ella de la razón vital de esta ciudad bruselense con la que he llegado a identificarme.

Bélgica es un país relativamente joven que obtuvo su independencia de Holanda en 1830, con el rey Leopoldo I de la Casa Sajonia Coburgo, al que le sucedió Leopoldo II de 1865 a 1909, período en el que Bélgica se consolidaría como una importante nación y potencia mundial, sostenida por una rica burguesía, con una fuerte proyección colonial en el Congo, África. Anteriormente Bélgica habría pertenecido a España, en los siglos XVI y XVII, como parte de la herencia que recibiera Carlos V de sus abuelos Maximiliano I de Austria y María de Borgoña, que se coronó emperador en 1519 y abdicó en su hijo Felipe II, en 1555, en la capital Bruselas. Con un historial artístico importantísimo en los siglos citados debido al desarrollo del arte flamenco, la pequeña nación belga alcanza el siglo XIX un puesto de primer orden del arte europeo, destacando en el Simbolismo, el Puntillismo y el Modernismo, para llegar finalmente al siglo XX, con una relevante participación en las Vanguardias Históricas, en especial dentro del Expresionismo y el Surrealismo. A finales del siglo XIX se crearía el grupo “Les XX” que reunirá a los más avanzados artistas del momento, uno de los cuales sería el español Darío de Regoyos muy ligado a Bélgica por su trayectoria artística y vital, los cuales dejarían potencialmente el terreno abonado para conformar las Vanguardias

Históricas a principios del siglo XX.

Precisamente, el Museo de Arte Antiguo, ubicado en un edificio de estilo Neoclásico, tiene una buena muestra de este arte flamenco en Roger van der Weyden, del siglo XV cuya hermosa Piedad, con unas magníficas figuras de la Virgen, la Magdalena y San Juan, no tiene nada que envidiar al Descendimiento del mismo pintor del Museo del Prado; de esas mismas fechas se encuentra El Bosco, cuya Crucifixión se aleja del mundo irreal y fantástico tan habitual en él; el bruselense Pieter Brueghel, el Viejo, y en su hijo Pieter Brueghel, el Joven, del siglo XVI y XVII respectivamente, ambos especializados en el arte costumbrista de su época representado sobre todo en escenas campestres de gran expresividad, un cuadro de tema mitológico del primero muy apreciado en el museo es Paisaje con la caída de Ícaro. Otro gran flamenco belga sería Rubens, aunque él había nacido en Alemania su taller se hallaba en Amberes, del cual el museo posee una excelente colección, a destacar los cuadros La Asunción de la Virgen, La subida al Calvario, La Adoración de los Magos, Piedad con San Francisco y otros, todos ellos de enormes proporciones, en composiciones muy movidas y cuerpos exageradamente exuberantes. Y Van Dyck, nacido en Amberes y discípulo de Rubens, de quien el museo posee una buena colección de

retratos. También están representados pintores flamencos como Hugo van der Goes, Quentin Metsys, Lucas Cranach, Jacob Jordaens, David Teniers el Joven, Frans Hals, Van Ruisdael, y otros. Aunque no sea en Bruselas sino en la vecina Gante, no se puede dejar de mencionar aquí a dos grandes pintores flamencos del XV, Jan van Eyck y su hermano Hubert, quienes introdujeron la pintura al óleo y cuyo Políptico del Cordero Místico es una de las grandes obras de arte de la humanidad.

Comunicado por un pasadizo se encuentra el Museo de Arte Moderno, que se sitúa en ocho modernas plantas subterráneas debajo de un palacete del siglo XVIII, y que posee igualmente una estupenda colección de pintores y escultores belgas del siglo XIX y XX. Así, Constantin Meunier (1831-1930), representante del Realismo Social del XIX, con sus cuadros y esculturas de hombres trabajando en fábricas, minas, fraguas, etc., como pueden ser su conocida estatua El Pudelador o su cuadro Vagón de la mina. Uno de los pintores más significativos del Simbolismo evanescente decimonónico, Fernand Khnopff (1858-1921), está representado con varios cuadros entre los que destaca Recuerdos, 1889. Del siglo XX, se halla en el museo uno de los pintores belgas más destacados, James Ensor, que en realidad trabaja a caballo de los dos siglos; su peculiar Expresionismo se caracteriza por la

plasmación de personajes ataviados con caretas o máscaras de carnaval, así como con trajes de payasos, en colores pasteles de tonalidades claras, de tal manera que su Expresionismo no resulta como en otros artistas tortuoso e hiriente, sino que por el contrario es tierno y colorista, aunque sí deforma la línea y detrás de sus aparentemente inofensivos personajes subyace algo inquietante y misterioso. Otro pintor expresionista belga es Constant Permeke (1886-1952), éste sí decididamente expresionista, en el gigantismo con el que plasma sus figuras humanas, como en Los novios, 1923, o La pareja, 1929. Para terminar, Paul Delvaux (1897-1994) y René Magritte (1886-1952), serán los pintores que muestren el Surrealismo belga en todo su innovador vanguardismo; Delvaux, con unas desasossegantes mujeres desnudas rodeadas de caballeros impecablemente vestidos en unos escenarios extraños en los que se levantan arquitecturas deshumanizadas y estatuas clásicas, como Pigmalion, 1939; y Magritte, con unos paisajes trucados en los que reproduce la realidad doblemente, de forma real y virtual, y plasma personajes absurdos con un objeto por cabeza, o cosas irreales, como una puerta con un hueco con la forma de una persona, en Respuesta imprevista, 1933, y Matrimonio de medianoche, 1926.

Por supuesto que ambos museos poseen una gran colección de otros artistas internacionales de renombre y de todas las épocas, pero aquí he querido mencionar tan sólo a los belgas, por su extremada importancia en el arte moderno y porque en España no son demasiado conocidos, me refiero naturalmente a los del siglo XIX y XX, y debieran serlo debido a la gran intervención que todos ellos tuvieron en el arte de la modernidad. Sin embargo, voy a hacer una excepción con un artista francés de quien el Museo de Arte Moderno tiene un cuadro maravilloso. No resisto la tentación de nombrarle, aunque no sea belga, me refiero a Jaques-Louis David ( 1748-1825 ) y a su cuadro La muerte de Marat, 1793. Posiblemente sea éste el cuadro más interesante del museo: en un fondo neutro que ocupa la mitad superior del cuadro, el pintor plasma el asesinato de Marat ocurrido en 1893, mostrando tan sólo parte de la bañera y parte del cuerpo sobresaliendo de ella. El político revolucionario se encuentra con un brazo cayendo en vertical con una pluma entre los dedos ( brazo que está inspirado en El enterramiento de Cristo de Caravaggio, del Museo Vaticano ), ya que se encontraba escribiendo una carta mientras tomaba su baño; la cabeza ladeada y los ojos cerrados, con un sutil realismo neoclasicista, muestran ya a un cuerpo sin vida; una caja de madera en vertical con el tintero, delante de la

bañera, se opone en paralelo al brazo. Con muy pocos elementos, David logra impregnar todo el lienzo de un gran sentimiento dramático, subyugando con una fuerza indescriptible. Creo que tan sólo por admirar este cuadro de David en el Museo de Arte Moderno está justificada una visita a la capital belga.

La arquitectura de Bruselas es suficientemente conocida, aunque no toda, en todo caso siempre resulta bueno recordar lo ya sabido de este arte arquitectónico tan unido a la historia y personalidad de la ciudad y a sus gentes y costumbres. La Grand Place, considerada Patrimonio de la Humanidad, supone sin duda el comienzo del apogeo de la ciudad flamenca, con su enorme riqueza comercial que dio paso a la creación desde muy pronto de una pujante burguesía que sufragaría la construcción de edificios civiles como todos los que rodean a esta plaza. Situada en la parte baja de la ciudad, la de los burgueses, la parte alta se reservaría para la realeza, la plaza es una joya arquitectónica de los siglos XV, XVI y XVII, en un lado se levanta el Hotel de Ville o Ayuntamiento, del siglo XV, verdadera obra de orfebrería labrada en piedra, con fachada decorada con innumerables esculturas, unas 150, coronada con aguja flamígera; justo enfrente se sitúa la Maison du Roi, del siglo XVI, ejecutada en gótico bravantino, con fachada

de numerosos arcos y arquillos apuntados que concluyen en una pequeña linterna. Los otros dos lados los ocupan diferentes edificios o casas, como la Maison du Cygne, 1698, donde se cuenta que Marx leía a Engels El Capital y en la que ambos prepararon la redacción del Manifiesto Comunista de 1848; la Maison de la Rose, la Maison de l'Arbre d'Or, y la Maison des Ducs de Bravant, en un lado, y en el opuesto la Maison des Boulangers, la Maison de la Brouette, la Maison du Sac, la Maison du Cornet, la Maison de L'Étoile, la Maison du Renard, etc., todas ellas del siglo XVII, resueltas distintamente en típicas fachadas escalonadas o con frontón triangular o redondeado, y con o sin linterna superior.

Otras arquitecturas góticas notables de Bruselas son la Catedral de St-Michel y Sta-Gudula, construida del siglo XIII al XV con influencias francesas, lo que se observa en las dos torres mochadas de su fachada, al modo de Notre Dame de París; su interior es verdaderamente espacioso, y posee en el ábside unas hermosas cristaleras. En esta catedral se celebran los eventos religiosos de la familia real, como fue la boda del rey Balduino y Fabiola y las exequias de Balduino. Y la iglesia gótica bravantina de gran belleza, Notre Dame du Sablon, levantada en los siglos XIV y XV, cuyo interior se establece en cinco naves y ábside alargado recubierto de hermosas vidrieras.

Existen muchas más iglesias pero no desearía ser exhaustiva. Un edificio verdaderamente extraordinario de la ciudad, aunque quizá no del gusto de todo el mundo, es el Palacio de Justicia, construido por Joseph Poelaert; sus gigantescas dimensiones en estilo clásico, grandes columnas, pilastras, frontones, cúpula, etc., le sitúan dentro del Eclecticismo del siglo XIX. Situado en la parte alta, desde la plaza que lo precede se contempla una visión panorámica de la ciudad. Una edificación igualmente decimonónica es la que corresponde a las Galerías St-Hubert, del arquitecto Cluysenaer, realizada con bóveda de cañón en hierro y vidrio, donde se sitúan tiendas de alta calidad.

Otros monumentos arquitectónicos destacables son el Parque del Cincuentenario, con enorme arco de triunfo de tres ojos (que se suele ver al fondo de los Telediaros retransmitidos desde Bruselas), y dos alas laterales donde se ubican sendos museos. El parque y el palacio fueron construidos en 1880, en conmemoración del cincuenta aniversario de la independencia de Bélgica. En una de sus alas se halla el Museo del Ejército, muy interesante por guardar numerosos uniformes, utensilios, objetos, armas, aviones y carros de combate de todos los países que participaron en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial. Incluso están representadas dos trincheras, de la Guerra del 14 y de la Segunda

Guerra, desde la que se pueden escuchar los bombardeos, y en otra sala escuchar los himnos nazis mientras desfilaban triunfantes después de la conquista de Bélgica, Holanda y Francia. Algo que en España no existe por no haber participado en dichas contiendas, y donde he pasado muchas horas tomando notas, dibujos y fotografías para la realización de un libro acerca de estas dos guerras. También se encuentra en el mismo centro de Bruselas el Palacio Real, de estilo Neoclásico afrancesado, lo que se observa en los tejados de pizarra amansardados (del arquitecto Hardouin Mansart que construiría el Palacio de Versalles con tejados abombados denominados a partir de él mansardas), el de Bruselas con gran pórtico central con frontón y columnas corintias, y en una de sus alas, el Museo Bellevue, en cuyos sótanos se hallan los restos del antiguo Palacio de Coudenberg, en cuya Aula Magna abdicara Carlos V en 1555.

Mención arquitectónica aparte merece el Modernismo de Bruselas, llamado en Bélgica Art Nouveau. El gran arquitecto del estilo sería Victor Horta, de quien la capital posee varios edificios como son la Casa Solvay, la Casa Tassel, la Casa Dubois, la Casa Horta convertida actualmente en museo, y la Casa del Pueblo, hoy derruida, entre otros. Se podría afirmar que Horta significó a Bruselas lo que Gaudí a Barcelona. En efecto, además de las

construcciones mencionadas, el arquitecto creó escuela y por toda la ciudad se establecen casas con connotaciones modernistas que dan a la urbe una gran prestancia. Cabe destacar entre las obras de Horta su propia vivienda por haberse convertido en museo y por mantener intactas las características que creara el arquitecto. La fachada, repetida luego por toda Bruselas, es sencilla y estrecha con tres plantas de altura, en la que el modernismo se establece a base de suaves líneas curvas en las ventanas y balcones de hierro, sin deformar la estructura arquitectónica del edificio como al contrario hiciera Gaudí en su célebre Casa Mila o La pedrera. Pero la verdadera sorpresa acontece en el interior de la vivienda, una auténtica maravilla arquitectónica y decorativa quedando fundidos ambos géneros en uno, tal y como pretendería el modernismo. De esta forma, el piso bajo arranca con una hermosísima escalera que continuará en los tres pisos restantes de la casa, en la cual el pasamanos de madera se apoya en una filigrana de hierro dorado de grácil y hermosísimo diseño curvilíneo. Toda la casa se establece a través de la conjunción de la línea curva y contra curva.

En la planta principal, el techo está sostenido por vigas y pilares de hierro muy estrechos que dan una gran modernidad a la construcción y permite la apertura de grandes vanos. Así, en este piso

se presenta un espacioso salón, una sala de música, el comedor y una salita que se abre con gran ventanal a un jardín de frondoso y tupido verdor, además del despacho del constructor. Esta intercomunicación de las cuatro estancias sin apenas muros y vanos, que da una enorme amplitud a la casa, supuso ya en su tiempo una novedad arquitectónica, así como la estructura de los tres niveles del suelo; no obstante, la belleza deviene de su entorno decorativo. Las paredes están diseñadas con papeles y pinturas de dibujos modernistas, los zócalos, los marcos de las puertas y ventanas, son de madera color miel, de un dibujo suavemente ondulado, diseño y madera que se continúa en los muebles que son de una belleza exquisita. Así la mesa y las sillas del comedor, o los sillones y sofás de los salones, diseñados todos por Victor Horta, hasta los tiradores, pomos y bisagras de las puertas y ventanas mantienen el mismo diseño. El suelo en algunas partes es de mosaico a base de teselas y en otras de madera con dibujos geométricos a modo de alfombra. El comedor recubre sus paredes con simples ladrillos blancos esmaltados. La madera, el hierro y el vidrio son los tres materiales utilizados en la estructura y la decoración; los cristales de las ventanas y puertas así como los espejos están biselados con suave dibujo. En el último piso, la escalera termina en una media bóveda de cañón

con vidrieras de color y blancas, y estructura de hierro, lo que da una enorme luminosidad a toda la residencia. En definitiva, la Casa Horta forma un todo conjuntado, de belleza y elegancia inigualables. El segundo arquitecto modernista que tuvo trascendencia internacional por trabajar en Alemania, es Henri van de Velde, que levanta la Casa en Uccle, Bruselas. Un último edificio modernista, esta vez construido por Joseph Hoffmann, arquitecto de la Secesión Vienes, embellece igualmente la ciudad. Se trata del Palacio Stoclet, cuyas líneas se conjugan en un juego de horizontales y verticales de gran elegancia y modernidad. Su interior está decorado por Klimt y Hoffmann.

He hablado de arquitectura pero no quiero terminar esta crónica sin citar la naturaleza que embebe y rodea toda la ciudad. Me refiero a los parques bruselenses, muy numerosos, algunos de los cuales son auténticos bosques con una alta y frondosa arboleda, en la que no faltan los lagos y los campos de césped. Así, el Parque del Petit Sablon, el Parque de Bruselas, el Parque de Laeken, el Parque Léopold, el Parque Josaphat, el Jardín Botánico, el bosque de la Cambre, el bosque de Soignes, el bosque de Woluwe, el bosque de Laerbeek, y el Dominio de Solvay, que además de sus extensos bosques y jardines posee un precioso Chateau con ventanales y cuatro torres

en las esquinas, con tejado de pizarra, recubiertas de hiedra. Este castillo se hizo famoso por rodarse en él la película belga El maestro de música, interpretada por el barítono Joseph van Dam, que canta las más hermosas canciones de Mahler, Schubert y Verdi.

Bruselas es una ciudad proyectada hacia el futuro. Todo en ella lo indica, desde las sedes de las instituciones europeas e internacionales hasta su dinámico comercio e industria, su arte y sus gentes. Un símbolo de esta proyección podría ser el Atomium, levantado para la Expo de 1958 y recientemente renovado, que es una atrevida construcción de ingeniería. Sus nueve grandes esferas de aluminio, de 18m de diámetro, conectadas entre sí por gruesos tubos de acero de 29m de largo, representan la molécula del hierro en una escala 165.000 millones de veces más grande. Desde la esfera superior, con una altura máxima de 100 metros, se divisa toda la metrópoli en la que sobresalen en la lejanía numerosas cúpulas y torres de iglesias. Con esta hermosa imagen concluyo esta crónica de una ciudad inolvidable que ocupa un lugar destacado en mis preferencias.

No obstante, no quisiera acabar esta crónica sin citar tres ciudades europeas que se pueden visitar desde Bruselas en dos escapadas de tan sólo una jornada cada una. La primera

comprende Maastrich, en Holanda, una pequeña ciudad muy alegre y turística que se hizo famosa por firmarse en ella el Tratado de Maastrich de la Unión Europea en 1992, aún vigente; y muy cercana a ella, Aguisgrán, en Alemania, ciudad en la que se coronó emperador del Gran Imperio Romano Germánico, Carlomagno, en el año 800. Para dicho evento se construyó una primera catedral con una Capilla Palatina cuyo núcleo central, el más antiguo, es de planta octogonal en el que se conservan los restos de Carlomagno. La segunda visita es Ámsterdam, a dos horas de Bruselas, enormemente sugestiva con sus bellos canales transitados por barcos, y orillas sembradas de árboles todavía con un verdor primaveral refulgente. En Ámsterdam es obligada la visita al Rijksmuseum donde se conmemora ahora el 400 aniversario del nacimiento de Rembrandt; cabe mencionar dentro de la gran obra del holandés el lienzo Guardia de Noche, 1642, una composición muy abigarrada y movida con un grupo de guardias ataviados al uso del siglo XVII y un fantástico claroscuro que hace destacar en primer plano, a través de un fuerte fogonazo de luz dorada, a dos oficiales que marchan en conversación portando sus armas.

Otra visita casi obligada en Ámsterdam, es la Casa de Ana Frank y su familia. Otto Frank, el padre de Ana, era un judío alemán refugiado en Ámsterdam desde 1933, cuando Hitler

subió al poder en Alemania; allí instalaría la fábrica de mermeladas "Opekta" en los bajos y parte delantera de su vivienda, ubicada en el canal Prinsengracht. En 1940 Holanda fue conquistada por Hitler al igual que media Europa. Al intensificarse en 1942 la persecución de los judíos con la implantación de la Solución Final de ese mismo año, Otto Frank decide esconderse con su mujer y sus dos hijas, así como con otra familia judía, en la parte de atrás de su vivienda, a la que pintarían las ventanas. En los bajos y parte superior delantera continuarían trabajando los empleados de la fábrica de mermeladas, algunos de los cuales les suministraban los alimentos para subsistir, permaneciendo ignorantes el resto. La entrada a la vivienda clandestina se hacía por medio de unas estrechas escaleras que quedaban tapadas por una librería movable. De esta forma, en las tres plantas traseras del edificio vivirían las dos familias desde 1942 hasta 1944, tiempo en el cual la pequeña Ana de trece años escribiría su Diario, publicado en todo el mundo en 1947. Resulta impresionante visitar la casa donde estuvieron escondidos silenciosamente los Frank durante todo ese tiempo y contemplar los dormitorios, el baño, los utensilios y objetos que utilizaban, las fotografías, y el desván en lo alto donde Ana se refugiaba a escribir su Diario, junto con los originales manuscritos del mismo

que aparecen en una vitrina. En agosto de 1944, una llamada anónima de no se sabe quién les delataría siendo descubiertos por los nazis y deportados a dos campos de concentración en Holanda y finalmente al campo de exterminio de Auschwitz, en Polonia, donde fallece por inanición la madre de Ana, Edith, en enero de 1945. Su hermana y la propia Ana son trasladadas al campo de Bergen-Belsen, donde mueren enfermas de tifus en marzo de 1945, tan sólo dos meses antes de acabar guerra. Sólo sobrevivirá el padre, Otto Frank, que será el que publique el Diario de su hija.

La importancia de Ana Frank y de su Diario trascienden el hecho particular y concreto del diario de una adolescente y de su familia judía en la guerra para convertirse en un símbolo universal de lo que sufrieron las víctimas del nazismo y de lo que fue el propio nazismo hace tan sólo sesenta y cinco años; con la muerte de cincuenta millones de personas en la guerra, la de seis millones de judíos en los campos de concentración, y la desolación, devastación y destrucción de media Europa. Producido por la locura y el fanatismo de un hombre y la inconsciencia y ceguera de un país que le siguió en sus ansias expansionistas sin atreverse a rebelarse, siendo una de las naciones más cultas y sabias del Continente y del mundo. Algo habría que aprender de aquel

desastre que todavía sigue latente en la memoria de los europeos, y que podría repetirse pues el hombre es sumamente débil: el que no hay ni puede haber jamás ninguna justificación o disculpa para el asesinato y el genocidio, ni para la falta de libertad, el avasallamiento y la opresión, y el que todo poder absoluto producido por un líder mesiánico es extremadamente peligroso y puede llegar a tener consecuencias terribles. En el Diario de Ana Frank pueden leerse frases tan profundas como ésta, escrita en 1944, cuando Ana tenía quince años: "Algún día esta horrible guerra habrá terminado, algún día volveremos a ser personas y no solamente judíos". Ella no pudo verlo.